



“Somos fruto de una evolución”

HACE unos días mis amigas Victoria y Emilia me comentaban acerca de “la suerte que tienen las mujeres de hoy que pueden estudiar cualquier carrera u oficio que les guste en cualquier ciudad o universidad, pues las hay médicos, jueces, empresarias, pilotos, ministras, diputadas, policías, abogadas, y un largo etc. y sabemos que una gran mayoría han alcanzado su meta. Aunque también las hay que quieren poner por encima de estos logros su femineidad y su papel de MADRES”. Esto lo repiten las dos con mucho énfasis.

Por **Aurora Fernández Gómez**.

Adelantadas a su tiempo: La culturización de la mujer

Ellas lo ven así porque en su época no tenían las “puertas abiertas”, es decir, las oportunidades y facilidades de hoy. Victoria tiene 82 años y Emilia 86. En su juventud, cuentan que pudieron estudiar porque vivían en una ciudad grande y sus padres les alentaban. Tenían que casarse a una edad temprana y luego compaginarlo con ser madre, amas de casa y escribir cuando “les visitaban las musas”. Victoria tiene varios libros publicados y algunos premiados, también le dio tiempo de hacer teatro; y Emilia trabajó en la radio, escribió varias novelas y también ganó bastantes premios en España y en “Los Juegos Florales” de Nueva York.

LA CULTURIZACIÓN DE LA MUJER.- La suerte de la mujer ha sido muy distinta según el lugar geográfico de su nacimiento. La mujer espartana, en la Grecia clásica, disfrutaba de una relativa libertad y autonomía que les permitía ocuparse de actividades comerciales o literarias. Desde niñas recibían una educación parecida a la de los hombres: entrenando gimnasia, estudiando música y practicando deportes en general. Ellas no podían participar en los órganos del gobierno ni acceder a cargos públicos ni tampoco en el ejército. Los roles de los hombres y de las mujeres eran muy diferentes pero igualmente valorados. Dirigían la casa y el taller familiar donde se hilaba y cosía. Sus aposentos llamados gineceos, eran una parte reservada de la casa donde ellas sólo podían hablar con otras mujeres, con los esclavos y los eunucos.

Por otra parte, existían una minoría, más libres y cultas que se relacionaban con los hombres: eran la *hetairas*, una clase semejante a las *geishas* en Japón y las *bayaderas* en la India. En cambio, la mujer romana no vivía tan restringida como la griega. En el matrimonio, por ejemplo, estos se realizaban por mutuo acuerdo. Entre las casas más distinguidas se llevaba a cabo un ceremonial que resultaba de gran belleza. El día de la boda la esposa se cubría con un velo amarillo y se dirigía al *Sagrarium* de su casa escoltada por el Pontífice Máximo y el Flamine, el sacerdote que encendía el fuego del altar de Júpiter. En aquel aposento se ofrecía, en presencia de los parientes y los testigos, un sacrificio y libaciones de leche y miel a la diosa Juno, comiendo la tradicional torta de trigo. Allí se firmaban los acuerdos de la dote. Luego la recién casada era llevada a la casa de su marido con acompañamiento de cánticos, flores y música. El marido la levantaba en brazos para que no pisara el umbral de la casa, costumbre que todavía hoy perdura en algunas culturas.

En definitiva, la mujer a lo largo de la Historia se ha superado, ha evolucionado, ha demostrado que no es tan frágil, “no es el sexo débil”, tiene a su alcance las mismas oportunidades que el hombre. Es poseedora de grandes valores como la ternura, la delicadeza, la piedad, los buenos modales, el orden, y por supuesto el coraje y la fortaleza. Y ninguno tan grande como la maternidad. (Todas estas virtudes las tienen en potencia, en ellas están en ponerlas o no en práctica) ■